

Luego estamos los que preferimos imaginar

(LO QUE QUEDA DE 2015)

J. Romeu

Luego estamos los que preferimos imaginar  
antes de pensar que no somos nada,  
los que creemos que esa extraña sensación  
que nos invade todo el cuerpo cuando el verso ataca  
es algo,  
aunque de momento solo ayude cuando embriaga.

Pero, claro, esos somos los que estamos luego,  
los que podríamos huir de una mirada,  
los que tocamos el aire y recordamos  
lo que éramos cuando solo éramos alma.

Estamos luego porque un día  
vale para nosotros como una vida que no acaba,  
porque al escribir en verso hay un segundo  
en que entendemos toda la existencia humana.

Estamos luego porque al comparar la vida  
con un segundo de convertirse en solo alma  
es difícil entender  
a los que ansían una vida tan horriblemente larga.

Estamos luego porque no nos importa estar luego,  
porque aún nos corre la curiosidad humana  
de saber por qué no es posible  
capturar esos segundos y ser más tiempo almas.

Estamos luego porque buscamos el amor perfecto,  
porque sabemos que la manera más parecida de prolongar esos segundos  
es cuando se ama.

Solo tú eres capaz  
de hacer que no importe  
que el alma duela.

Solo tú eres capaz  
de explicarme por qué  
la vida es tan bonita aunque al final se muera.

Solo tú,  
porque tú sabes de tristeza,  
porque tú sabes que tener miedo no es malo,  
que no es malo huir a veces ni siquiera.

Solo tú eres capaz de reconciliarme con las cosas  
que nunca he enseñado porque me daba vergüenza.

Solo tú eres capaz de que en el fondo de mi alma  
pueda llegar a creer que alguien me quiera.

Y así ya el miedo  
no da tanta vergüenza.  
Y que acabe un día no importa  
porque solo un día contigo ya mereció la pena.

A veces querer es la opción más fácil.  
No nos llevamos bien, pero te quiero.  
Ahora no nos apetece besarnos,  
pero eso ya lo hablaremos luego,  
que ahora no me apetece estar  
un mes echándote de menos.

A veces querer es la opción más fácil.  
¿Qué más da que nuestra relación sea peor que la de ellos?  
Hemos conseguido aprender a aparentar  
que nos queremos,  
lo que sea para que no nos vuelvan a recriminar  
que seguimos solteros.

A veces querer es la opción más fácil  
y no importa lo que digan los recuerdos.  
Ellos conocen como nosotros nuestro miedo a estar solos  
y a ser distintos al resto.

A veces querer es la opción más fácil  
en este mundo en el que demasiados tequieros  
se dicen por temor a estar  
vergonzosamente solteros.

¡Qué distinto es todo!  
A ti sí te veo entre la lluvia.  
Estás ahí en las tardes de más tristeza,  
en las que de todas las cosas por hacer  
no me apetece hacer ninguna.

Estás ahí y me puedo quedar mirando a la ventana  
porque ahora el tedio de vivir está más lejos que tu figura  
y se ve peor y ya tienen sentido los momentos de no hacer nada  
porque hasta esos momentos ahora ya nos juntan.

Estás ahí, sí, estás y te veo  
hasta cuando se me mete en los ojos la lluvia.

¡Qué distinto es todo!  
Es como ir por encima de las nubes en avión  
y que llover solo parezca una cuestión de altura.  
Es como llorar y que las lágrimas parezcan  
pelos que se caen, como cortarse las uñas.  
Tú haces que los días que lo absorben todo  
los vea desde fuera con indiferencia pura,  
como el que ve caer partes de él por el desagüe  
y no le importa porque entiende que esas partes no son ya suyas.

La tristeza es deshacerse de cosas  
que luego siempre vuelven a crecer. No hay duda.  
Ahora lo sé,  
ahora que ya entiendo por qué de vez en cuando llueve,  
ahora que a ti sí te veo entre la lluvia.

Es solo una milésima de segundo.  
Y pasa como con esa llamada  
que no da tiempo a localizar.  
El alma toca la esencia de la vida,  
pero no le da tiempo a mirar.  
No le da tiempo a encontrar la palabra  
que pueda traerla a nuestra realidad.  
Solo a veces si dos palabras precisas  
justo en ese momento se llegan a juntar  
se puede entender una pizca de esa esencia,  
de la verdad.  
Y es difícil, pero hay poetas  
que consiguen quedarse allí un poquito más  
y así les da tiempo a juntar más palabras  
y así consiguen a veces acertar.  
Cuando eso pasa no hay alma  
a la que sus palabras no consigan llegar.  
Y esa milésima de segundo  
se convierte para siempre en muestra clara  
de la belleza de la humanidad.

Puedo inventar poemas.  
 Y me salen bien. Son bonitos.  
 Pero no se pueden comparar  
 con los que te escribo a ti. Son muy distintos.  
 Porque contigo es como si le dieras una patada a un balón  
 y la estallaras porque por un hueco la válvula se había salido.  
 Tú tocas el alma de mis cosas.  
 Es como si me mantearas cuando escribo.  
 Es como verlo todo estando muerto,  
 pero seguir vivo.  
 Es como no entender nada al escribir,  
 pero entenderlo todo cuando ya está escrito,  
 como sumergirme en las profundidades del amor  
 y no entender qué he hecho hasta que no he salido.  
 Contigo es más sencillo encontrar  
 el camino que he creído tomar cada vez que he escrito.  
 Contigo sé mucho mejor lo que me pasa.  
 Sé quién he intentado ser siempre,  
 contigo.

No me sale querer como decís que debo.  
 ¿No es posible encontrar alguien con quien poder querer normal?  
 ¿De verdad es necesario hacerse el interesante,  
 saber manejar los tiempos,  
 no dar un beso aunque nos apetezca besar?

No me sale querer así.  
 A mí que me escriban nunca me viene mal  
 y no me agobia que me quieran ver todos los días,  
 puedo dejar cualquier cosa a medias o esforzarme en acabarla antes con tal de quedar.

Ya lo sé. Querer es cosa de dos personas  
 y hay que saberse adaptar.  
 Pero sé que existe la persona  
 con la misma forma que yo de querer de verdad.

He dicho muchas cosas.

He hablado del amor.

He creído capturar sentimientos

y algunas veces al leerlos hasta he sentido un poco de emoción.

Me he ido librando de las penas.

Eso, si me he acordado de que al escribir se me calma un poco la voz.

Pero no he sabido condenar palabras al olvido,

para que no me recordaran inútilmente lo que ya acabó.

Ahora, en estos tiempos en que todo encaja,

cuando por fin escribir no es solo vaciar el corazón,

cuando no hay tema que me asuste,

cuando puedo llorar sin tenerme que pedir luego perdón.

Ahora siento al escribir una emoción parecida

a la que sentía al leer los versos más tristes que la vida me arrancó.

Y veo que no era tristeza, que no era pena

ni dolor,

que hay un sentimiento de existencia

más profundo al fondo del corazón.

Es un sentimiento que tienen las personas más felices,

pero también las personas que están tan tristes como llegué a estarlo yo.

Ese sentimiento puede parecer malo o bueno

dependiendo de la situación,

dependiendo de si no saber para qué estamos

se toma como la respuesta que se guarda un malvado dios

o si lo tomamos en cambio como un interesante y libre

signo de interrogación.

Lo malo es que a veces no podemos elegir cómo mirarlo.

Pero sí podemos elegir nuestra reacción;

igual que cuando nos hacen una pregunta

podemos contestar

o no.

Lo bonito es saber que hay un secreto

al fondo del corazón

y que somos capaces de verlo

si somos capaces de ver más allá del dolor.

Porque las cosas nos pueden doler mucho,

puede ser incluso injusto que a nosotros nos pasen tantas desgracias y a otros no,

pero sentir ese dolor demuestra

que estamos en disposición

de ser felices si entendemos que a cualquier pregunta del mundo  
se puede responder que sí, pero también que no,  
y que decir que no no siempre es malo  
por mucho que la pregunta nos la haga el corazón.

Yo he dicho muchas cosas,  
hasta he hablado mal del amor  
y he sufrido posiblemente demasiado  
porque hay penas a las que hasta que no estuve a tu lado no supe decirles NO.  
No entendía que decirle no a la muerte, a los recuerdos,  
a algunos versos, a la vida que ya se acabó  
no es olvidarlos para siempre,  
es dejarlos como estaban  
cuando la muerte se los llevó,  
igual que el que vive lejos de alguien querido  
y aunque lo nota no sufre  
porque no sabe en verdad que hace ya tiempo que murió.  
La vida, pase lo que pase, es siempre vida mientras dura  
y a cualquier cosa que demuestre lo contrario basta con decirle: NO.

Separa en un llavero dos llaves  
lo máximo que puedas.  
Ahora coge el llavero por la anilla.  
Verás qué pronto se acercan.  
Pues así somos nosotros:  
dos llaves que siempre están juntas  
aunque no siempre estén cerca.

Creía que contigo iba a ser distinto  
que no íbamos a discutir  
que no me ibas a poner celoso  
ni yo te iba a poner celoso a ti.  
Creía que podríamos estar lejos  
y no tener que dudar ni pensar mal ni sufrir.  
Creía que contigo me iba a enamorar de otra manera.  
Creía que esta vez eras tú por fin.

Y no es distinto porque eres lo mismo que he querido siempre  
pero lo es porque contigo soy feliz.  
No es distinto porque contigo también ha discusiones  
pero lo es porque ahora acaban antes de empezar a discutir.  
No es distinto porque sigo poniéndome celoso,  
pero ahora del idiota que antes de conocerte fui.  
No es distinto porque sigo dudando cuando estás lejos  
pero la duda ahora es por qué no me fui detrás de ti.  
No es distinto porque de ti también estoy enamorado,  
pero lo es porque esta vez lo he hecho sin desenamorarme de mí.  
No es distinto porque tampoco eres tú la *definitiva*  
pero no lo eres porque no quiero relacionar contigo nada que contenga la palabra *fin*.  
Y eso no es distinto porque con otras siempre quise que continuara;  
lo que no sabía es que quería que continuara junto a ti.

Hay gente que aprende.  
Se sienten raros y aprenden.  
No se paran a pensar  
que quien tendría que aprender  
es el resto de la gente.  
Se sienten poco queridos,  
pero les aseguran que les quieren  
y ellos aprenden;  
creen que su manera de querer es peor  
porque es diferente.

Y así van cayendo  
en la normalidad del resto de la gente,  
porque darle siempre la razón al resto  
es una de las capacidades que tienen.

Hay gente que aprende.  
Y es una pena, pero aprenden.  
Por suerte aunque dejan de lado muchas cosas suyas  
no se olvidan nunca de querer como ellos quieren.  
Por eso algunas veces, a algunas horas sienten  
que nadie les quiere tanto como quieren ellos  
y, aunque enseguida se les pasa y vuelven,  
en el fondo siguen dando el mismo amor  
y encontrándolo en el resto de la gente.

No me digas que te has muerto, ¿vale?  
Déjame vivir con esa ilusión.  
Deja que siga apuntándome cosas  
para preguntarte cuando volvamos a estar juntos los dos.

No me digas que te has ido para siempre,  
que ya empiezo a sospecharlo yo.  
Dime, no sé, que han retrasado tu vuelo,  
que hay una complicada avería en el avión.

No me digas que ya te es imposible quererme,  
deja que lo note poco a poco en lo bajito que va sonando tu voz.  
Pero no me digas que ahora ya te es imposible quererme  
ni que te has ido para siempre, que la muerte te llevó.

¿Por qué va a ser menos el amor de ahora  
solo porque ya no den golpes los latidos de tu corazón?  
¿Qué tontería es esa?  
¿Acaso se reduce a golpes y pensamientos el amor?

No me digas que te has muerto, ¿vale?  
Que no quiero caer en la tentación  
de pensar que todo se acaba un día porque somos  
solo carne que mientras se mueve está viva  
y luego ya no.

No. No. No.

No más frasecitas ingeniosas  
que no hacen más que seguir mareando la perdiz.  
O, al menos, no solo esas frases,  
esos versos sin fecha de nacimiento,  
sin lugar de origen porque están en todas partes.  
Hace falta escribir con ganas  
o no escribir.  
Escribir creyendo haber hallado la manera  
de curar un pensamiento,  
de encontrar por fin de dónde viene el ruido  
y no taparlo con ingeniosas (a veces) melodías,  
con juegos de palabras.

No. No. No.

Eso solo sirve para seguir igual de felices,  
en esa felicidad dicharachera  
supuestamente ingenua, pero tan soberbia  
como el que desprecia todos los momentos  
que los poetas del pasado  
han dedicado a entender la realidad por nosotros,  
por la ciencia  
y por todos los que siguen insistiendo  
en que se nos puede describir con palabras,  
con versos viajeros.  
Es hora de empezar a mirar los huecos  
supuestamente vacíos  
de los que en nuestra mayor parte estamos hechos.

Pasa tú.

No, pasa tu primero.

O, mejor, quedémonos aquí  
que para el futuro ya habrá tiempo.

Se llora por cosas que no merece la pena llorar.  
Se llora por gente que no nos quiere.  
Se llora por equivocación,  
por el empeño de creer que es bueno lo que uno quiere.

Se llora en silencio.  
Se llora por gente  
que o no puede volver ya  
o que ya no quiere.

Se llora en secreto,  
como si no se permitiese,  
como si supiéramos ya  
que hay gente que no se lo merece.

Se llora, sí,  
se llora por equivocación la mayoría de las veces.  
Pero si se llora es por algo,  
es quizás porque cambiar escuece.

Y si encima al cambiar perdemos algo  
duele mucho más, con más fuerza duele,  
porque nos quedamos solos y ya no está  
quien antes, aunque fuera engañados, nos hacía fuertes.

El tiempo es la más cruel manera  
de saber que falta algo,  
que falta algo  
y que es imposible reponerlo.

El tiempo es la mirada que se calla  
pero mira sospechosa sabiendo lo que ha hecho.

El tiempo está en el punto en el que aún parece que se puede,  
aunque es imposible, vencerlo.

Es el tiempo  
y no hay nada que hacer:  
hemos construido la vida sobre sus cimientos.  
Se le puede dar la vuelta a todo,  
pero entonces faltará lo que aún tenemos.

Es lo triste de tener,  
es lo triste de los sentimientos,  
que solo les damos sentido  
si duran algún tiempo.

Si entendiéramos que en verdad no duran nada,  
que solo ocupan un momento,  
sabríamos que amar no tiene dirección  
y que el tiempo es solo  
una forma de darle una historia a nuestros sentimientos,  
y que, por eso,  
como cualquier historia,  
tiene momentos malos y momentos buenos.

Ya sabes que no siempre soy capaz  
de decir lo que siento.  
A veces ni delante de un papel  
puedo.  
No me pidas entonces  
que te hable sin miedo,  
si tus ojos tienen la forma que tenían  
las puertas de mis sueños.

A veces voy a escribir  
justamente lo que siento  
y de repente se me olvida  
como si se me hubiera escapado de dentro,  
como si solo por pensarlo  
me hubiera librado de ello.

Cómo no se me va a olvidar  
cuando te miro y veo  
que el amor de repente tiene forma  
que no solo en palabras se captan sentimientos.

Cómo pretendes que pueda  
decirte lo que siento,  
si solo con mirarme tú haces  
que se sonroje cualquiera de mis versos,  
que las letras corran a esconderse  
y que sepan a chicle gastado mis tequeros.

Has vuelto.  
 Yo sé que no, pero has vuelto.  
 Te noto en una idea  
 que me llega justo a tiempo.  
 Te noto sin que estés,  
 en todos mis recuerdos.  
 Algunos dirán que no,  
 que no vuelven los muertos.  
 Claro que no vuelven como ellos piensan.  
 Eso podría dar hasta miedo.  
 Como vuelven es de la forma perfecta  
 para ayudarnos sin quitarnos méritos,  
 como volveríamos cada uno de nosotros  
 para seguir queriendo.

Es lo que pasa al leer a algunos poetas,  
 que la vida gira  
 y se ve todo de otra forma  
 siendo la vida supuestamente la misma.

Ver la vida de otra forma  
 es una tontería,  
 pero saber que se puede  
 cambia completamente la perspectiva.

Una sola palabra,  
 sin nada más, ella misma  
 se puede leer de miles de millones de maneras,  
 igual que se lee la vida.

A veces se me atascan las penas  
y quiero llorarlas pero no salen.  
Y entonces parece que no se puede hacer nada  
para que la tristeza acabe.

A veces se me atascan los versos  
y quiero escribirlos pero no caen.  
Y entonces parece que nunca caerán  
y que habrá poesías siempre que me amarguen.

Es mejor ahí dejarlo todo,  
dejar que se pase.  
Ya habrá tiempo para las lágrimas  
y para que los versos se levanten.

La tristeza tiene días  
con ansia de ser sangre,  
de querer tenernos siempre  
oliendo como ella a tarde.

Por eso hay que ignorarla,  
que no nos amenace  
que asusta, sí, estar triste,  
pero es raro que al tiempo no se pase.

Dos días y basta.  
 La vida para mí está completa.  
 O al menos que todo sea  
 como esos días.  
 Dos días y acabo  
 en ese punto donde  
 se entrecruzan  
 los recuerdos tristes  
 y los felices.

Así estoy,  
 triste porque esos días han pasado,  
 feliz porque sé  
 que llegarán otros.  
 En ese punto donde uno no sabe si llorar  
 o reírse a escalofríos,  
 donde dos días parece que no bastan  
 pero donde uno cambiaría una vida entera por ellos.  
 Dos días y basta,  
 pero... ¿por qué no más días?

Esa forma de escribir como si echáramos pintura blanca,  
 borrando más que aportando sentimientos.  
 Esa forma de escribir tan necesaria  
 para empezar a ver ciertas cosas de nuevo.

No tires la caja —me dijeron—;  
 si no, después,  
 no podrás devolverlo.  
 Yo la tiré. No entendía  
 quién podía pensar en devolver el amor  
 nada más conocerlo.

Es difícil de ver,  
pero está en todo.  
Para subir más  
hace falta haber llegado al fondo.  
Para entender de verdad por qué se ama  
hace falta haber estado muy solo.  
Para saber bien por qué se vive  
tiene que haberse apagado alguna parte de nosotros.

Es difícil de ver  
y, cuando se ve, enfada un poco.  
¿No se puede sentir algo bueno  
sin que algo malo enseñe cómo?  
¿No hay nada bueno que se pueda ver  
sin que haga falta que se quede oscuro todo?  
Yo sé que he estado triste,  
sé que he estado solo,  
sé que se apagaron muchas cosas  
cuando sentí que lo había perdido todo.

Pero ella no brilla porque esté oscuro,  
brillaría igual de todos modos;  
ella no brilla porque yo vaya a morir,  
no brilla porque el mundo antes de ella fuera otro.  
Brilla porque está en lo alto,  
aunque con ella esté al mismo nivel todo.  
Brilla porque la quiero,  
porque a su lado siento que nunca he estado solo.  
Brilla y no importa que enciendan  
mi vida entera sus ojos.  
Brilla. No se apaga.  
Y la veo y la toco  
y entiendo por qué es difícil de ver  
que para amar haya que tocar el fondo.  
Brilla. Y no la veo porque esté todo oscuro,  
la veo porque brilla a su lado todo.  
La veo porque el mundo con ella es bueno  
y no hace falta entender qué lo hace así ni cómo.

Hay recuerdos que se van yendo poco a poco.  
Y hay recuerdos que mueren de repente.  
Se sabe así que no van a volver nunca,  
pero no se sabe bien adónde van cuando se mueren.

Hay recuerdos que se matan,  
pocos, porque los recuerdos saben cómo defenderse,  
pero hay recuerdos que se matan  
y no vuelven.

Y no vuelven... ¿o sí?  
Vuelven como fantasmas, ahora con sabor a muerte,  
con sabor a que la vida no es ya la misma  
a que falta algo aunque ya no se recuerde.

Hay recuerdos que no se van yendo poco a poco  
y dejan un vacío en el pasado cuando mueren,  
un vacío donde deberían quedar los recuerdos  
que expliquen por qué duele la vida cuando duele.

Dejemos que duelan los recuerdos  
para saber mirar de frente  
para entender que por matar el pasado  
el amor no va a dejar de acercarse a la muerte.  
Recuerdos que, si son peores,  
darán más sentido al amor nuevo que llegue.  
Y, si son mejores..., si son mejores ayudarán a comprender  
que la vida sabe mejor que uno lo que uno quiere.

Los recuerdos deben irse yendo poco a poco.  
Si dejamos que se alejen,  
tendremos tiempo para encontrar  
el lugar que ocupa su sombra en el presente.

Y el resto  
 ya solo somos huesos.  
 Solo los niños  
 se mantienen ilesos.  
 Aprender para transmitir  
 y después de eso  
 mantenerse vivos  
 a base de besos.  
 ¿Es mejor morir antes?  
 A veces lo pienso.  
 Y a veces estoy triste.  
 Y, por eso, me siento solo huesos.

¿Cómo se puede vencer  
 a la terrible idea de que se va a morir?  
 De muchas formas.

Cantando,  
 con la extraña felicidad  
 de saber que se está vivo  
 y no saber por qué.  
 Con esa sonrisilla maliciosa  
 del que cree que no merece lo que tiene  
 pero disfruta con ello.

Escribiendo, leyendo.  
 Comprobando que todos tuvieron la muerte al fondo  
 y la vencieron,  
 dejándose caer en lo bonito que es hacer cosas  
 sin ningún motivo,  
 porque sí,  
 porque estamos vivos.

Riendo, sobre todo riendo,  
 como el loco que se ríe  
 atravesado por flechas.  
 Así se ve lo poco que importa cualquier idea  
 y más la idea de la muerte,

que es la única que ya no sabremos si era cierta,  
y si lo sabemos  
querrá decir que la muerte  
solo es un paso  
de un lado a otro  
donde ya no haremos caso  
a las locas ideas  
inventadas por el hombre  
para hacer más épica la vida,  
aunque ello haya implicado  
temer a la muerte.

¿Cómo vencer a la muerte?  
Cantando, riendo,  
sabiendo que no se pierde nada.  
Y si se siente que se pierde  
es porque todo lo que aparenta ser un final  
suena a derrota.

Yo la venzo escribiendo  
porque así se ve más claramente  
que todo no es más que palabras en un papel  
y que el precio de disfrutar de la vida  
es ser conscientes de que se muere  
y el precio de amar  
es que el final sea siempre triste y duela.

Si hemos decidido ser así  
aceptemos lo que venga  
riendo  
porque al fin y al cabo ya se sabe  
que los más tristes finales  
son los que han tenido las historias más bonitas,  
los que demuestran  
que da igual cuándo llegue  
porque por el mismo precio  
nos dan la posibilidad de vencer cualquier dolor  
y de completar con recuerdos  
las historias que se acaban demasiado pronto.

Hablemos de poesía  
y dejémonos de guerras.  
Que nos pillen con versos en las manos,  
con dientes en las letras,  
mordiéndonos la vida  
para ver qué encierra.

Hablemos de poesía,  
que esa es la manera  
de saber si hay algo  
que explique la violencia.  
Tal vez no haya nada,  
quizás seamos todo tierra,  
tal vez la vida  
es como una puerta que no cierra.  
Tal vez descubramos que la sangre  
está hueca;  
tal vez,  
pero que sea  
porque hemos estrujado las pestañas  
hasta que han salido piedras,  
que sea porque no nos conformamos con vivir  
y queremos que la muerte nos encuentre a medias,  
que sea porque hablamos de poesía  
y no hay guerra  
ni miedo ni dolor  
que nos puedan detener  
cuando buscamos a gritos nuestra esencia.

Que nos pillen con versos en las manos  
y que vean  
horrorizados cómo destrozamos  
todo lo que nos encierra.

Me pongo triste y luego pienso por qué  
y encuentro una razón siempre.  
Hay veces que tengo que recurrir al amor,  
otras recurro a la muerte  
y en los momentos más felices  
recurso al misterio que sigue sin resolverse.  
¿Cómo empezó todo?  
¿Qué hay más allá de todo lo que ha llegado a conocerse?  
¿Dónde estamos? ¿Qué es estar?  
¿Qué es ser consciente?  
¿Por qué sentimos que nuestra pena es tan grande  
si somos tan pequeños y el espacio se muestra tan indiferente?

Me pongo triste y no me importa saber  
que la tristeza es uno de los procesos que mi cuerpo tiene;  
leigo buscando una explicación,  
sigo confiando en el poder de la mente.

Me cuesta asumir  
que siendo la tristeza algo tan fuerte  
no pueda explicar que da igual el tamaño del espacio  
porque es solo el escenario, el recipiente  
de cosas que no tienen tamaño  
por mucho que pesen,  
de palabras que no tienen forma,  
pero se sienten.

Sigo pensando que si no sabemos dónde están los límites de todo  
es porque quizás no los tiene  
y no hay que intentar ir más allá,  
hay que buscar lo transparente,  
lo que se roza cuando se está triste,  
pero se encaja en las penas del presente  
sin pensar que las cosas más tristes que nos pasan  
seguramente sean los gritos de lo que existe pero aún no se comprende  
y que da igual dónde estemos,  
lo grande que sea lo que nos envuelve.

Podría no existir nada  
y aun así existirían esos pequeños sentimientos transparentes.

Nos ponemos tristes y al final es  
por lo mismo siempre  
porque nos asusta pensar  
que somos más poderosos que lo que dice nuestra mente,  
somos el único medio que existe  
para que pueda manifestarse lo transparente.

Eso es.

Somos el medio por el que se manifiesta lo transparente.  
No sé si será gracias al lenguaje  
o si el lenguaje no hace más que dejarlo patente.

No sé cómo lo hemos hecho,  
si nos eligieron o si surgió de repente.  
No lo sé, pero somos la pantalla  
en la que se ve lo transparente.  
A veces está distorsionado,  
a veces no se entiende,  
pero así al menos se sabe  
que está presente.

Es eso y no otra cosa  
lo que debería preocupar a la gente,  
lo que habría que estudiar  
para entenderlo completamente.

Eso es.  
Por eso la poesía a veces duele.  
No porque hable de amores perdidos  
o de la muerte,  
sino porque habla de cosas que creemos atrapar  
pero que aún se nos resbalan y se pierden,  
porque nos invita a creer,  
pero aún le falta una prueba concluyente,  
el verso que se pueda ver  
aunque todas sus palabras sean transparentes.

Dicen que el amor puede a la distancia,  
que puede al tiempo.  
¿Es que entonces  
nuestro amor no es verdadero?  
Siento que cada día que pasa  
estás menos cerca, pero igual de lejos:  
Siento que se me acaban las formas  
de decirte que te quiero,  
cosa que jamás me pasaba  
cuando estábamos juntos con las formas de darte besos.  
Siento que tú también te cansas  
de que haya pantallas siempre en medio.  
Siento que los días empiezan a ser normales  
y que empiezo a estar cómoda en ellos.  
Empiezo a recordar cómo sobreviví  
los días antes de que me arrancaras los recuerdos.  
Siento que no vuelves  
y que cada vez duran más los días que nos vemos.  
Siento que tu nombre empieza a recordarme a ti  
en vez de acariciarte como antes al momento.  
¿Es que acaso nuestro amor  
no es verdadero?

Sí lo es.  
Hemos vencido a la distancia y al tiempo.  
Me ves menos cerca  
porque me he subido a las estrellas a lanzarte besos.  
Ya no encuentras formas de decirme que me quieras  
porque solo hay una forma: cada vez que te veo.  
No me cansa que haya pantallas entre medias.  
Tu corazón se notaba igual con las costillas en medio.  
Los días te empiezan a parecer normales  
porque uno también se acostumbra a lo perfecto,  
a lo perfectos que siguen siendo los días  
ahora que sabemos arrancar malos recuerdos.  
Y no duran más porque sean aburridos  
sino porque en las estrellas pasa más despacio el tiempo.  
Por eso mi nombre llega a veces tarde.  
Pero es que aquí no hay que hacer caso a lo que vemos.  
La distancia está haciendo que entendamos  
que las palabras vuelan más despacio que los sentimientos

y que intentar entenderlo todo con palabras  
hace que siempre nos sintamos lejos.

¿Aún no sabes si nuestro amor  
es verdadero?

Yo lo que no sé es cómo alguien puede saber lo que eso es  
sin haber estado cerca de ti y lejos.

Cerca de ti el tiempo no importa porque está parado  
y lejos de ti lo acelero yo con mis sentimientos.

La distancia es igual de pequeña a tu lado  
que lejos de ti, porque te quiero  
y cuando se quiere el corazón late tan fuerte  
que no hay costilla ni pantalla ni distancia que pueda detenerlo  
que le impida ocupar  
el mundo entero.

Y así no tiene que volver nunca a tu lado  
porque siempre te tuvo dentro.

¿Estaríamos mejor cerca? Sí, seguramente,  
pero no seríamos conscientes, quizás,  
de lo mucho que nos queremos.

Se puede poner la cara con forma de sonrisa  
sin estar sonriendo.

Se puede abrir los brazos y apretar  
sin estar dando un abrazo.

Se puede estar leyendo un libro bueno  
y no querer seguir leyendo,  
respirar sin oler,  
dejarse llevar,  
dar patadas al aire  
y sentirse solo rodeado de palabras, de libros,  
de historias que no quieras que sucedan,  
pero que ya ves que van sucediendo  
a tu alrededor,  
y que eres el eje que no gira,  
pero el eje de otro mundo,  
de otra soledad,  
de otra vida.

Y puedes poner cara en forma de sonrisa  
sin estar sonriendo,  
y, aun así, sonreír.

Pero eso nadie lo ve  
y, por eso, nadie te sigue leyendo.

A veces no está mal ponerse malo.  
 Sentir que el mundo sigue aunque estemos quietos.  
 Ver que todo lo que hacemos un día  
 no sirve para nada,  
 que no pasa nada por perder el tiempo.  
 El cielo no se desmorona,  
 las pestañas no crecen para dentro.  
 A veces hay que dejar la vida pasar  
 y solo darle cuando haya rebotado contra el pecho.

A veces no está mal ponerse malo  
 para ver que se puede decir lo mismo con distintos versos  
 y que posiblemente los peores, los escritos entre toses,  
 son los que permiten valorar los versos buenos.

No está mal a veces ponerse malo  
 y así pensar lo mismo, pero desde lejos.  
 Ver que no pasa nada por perder un día,  
 y que el hecho de que nos necesiten es lo de menos.  
 Lo que importa es encontrar el punto  
 en que la vida nos exija solo lo que podemos.  
 Así no sentiremos la continua tristeza de no llegar  
 ni la tonta alegría de alcanzar lo que ya es nuestro.  
 Sentiremos que se puede vivir  
 aunque estemos mal un día y el resto medio buenos,  
 que dejaremos de estar  
 y la mejor señal será que nadie nos echa de menos.

Hay que querer sin amargura.  
 Os lo dice alguien  
 que ha estado obsesionado,  
 ha malquerido,  
 que ha querido sin querer  
 y que ahora quiere con locura.

No sería mejor el mundo sin los hombres.  
Sería como una sala de cine proyectando vacía,  
como una mariposa con las alas transparentes,  
como el libro olvidado en lo alto de la estantería.  
Sería como no poder disfrutar  
de esa alegría  
que nos da cuando contamos incluso las desgracias  
en esta tragedia condenada a alejarse que dicen que es la vida.

El mundo sería peor sin los hombres,  
un planeta más a la deriva,  
un lugar sin explicación  
o al menos sin preguntas que le hagan compañía.

Y los hombres sin el mundo  
¿qué serían?  
Almas en penas, quizás,  
sentimientos sin besos ni caricias,  
auriculares en los que no se oye nada  
porque no se ha enchufado a nada la clavija,  
música que no suena o que suena en alto  
por el espacio perdida  
y no en los oídos del mundo,  
que disfruta y entiende sus melodías.

El mundo con los hombres: esa unión  
que se explica y tiene sentido por sí misma.

Me gustaría darte la oportunidad  
de verte a ti mismo a través de mis ojos  
Frida Kahlo

Que por un día me vieras como yo te veo.  
Mucha gente lo sueña.  
Yo lo sueño.  
Que por un día  
pudieras verlo  
y me dijeras si lo que sientes por mí  
es lo mismo que yo siento.  
Que se acabaran de una vez  
los tequieros  
y esas palabras que nunca  
consiguen arrastrar consigo verdaderos sentimientos.  
Que vieras lo que es un día para mí sin ti  
y fuera igual de triste que cuando tú me echas de menos.

Si por un día me vieras como yo te veo,  
se acabaría el miedo a estar solo en el mundo,  
se acabarían los celos,  
se acabaría pensar  
que amar es solo encontrar a una persona con la que la vida duela menos.  
Se acabaría suponer  
que solo me quieres porque soy bueno.

Si por un día comprobaras que me ves  
como yo te veo...  
Se demostraría que el amor  
es la única manera de ser el mismo en otro cuerpo,  
de estar en dos sitios a la vez,  
de verse desde fuera sin dejar de estar dentro,  
la única manera  
de ser por una vez dos contra uno contra el tiempo.

Quiero hacer contigo  
todo lo que la poesía aún no ha escrito  
Elvira Sastre

¿No será al revés?  
No quiero hacer contigo  
nada de lo que a la poesía le queda por escribir.  
Quiero que contigo se acaben los versos,  
que se vuelvan frases ñoñas  
sobre lo bonito que es vivir.  
Que se acabe la poesía entre nosotros,  
que vuelvan las preguntas  
que se responden solas.

No quiero hacer contigo lo que hace  
mi alma con mis sueños  
cuando le da por escribir.

Sí, es al revés.  
No quiero hacer contigo  
lo que le falta por escribir a la poesía.  
No quiero más lágrimas secadas a la fuerza.  
No quiero más bolígrafos  
en una mano que ya solo quiere  
agarrarte a ti.

Quiero hacer contigo  
lo que siempre me he inventado  
en los días en los que lo necesitaba  
pero no me apetecía escribir.

Podría estar muerto,  
pero estoy vivo.  
A veces deseo estar muerto,  
pero estoy vivo.  
A nadie le importaría que muriera,  
pero estoy vivo.  
¡Pero estoy vivo!  
Y todavía me queda algo de tiempo  
—no sé si suficiente—  
para entender por qué estoy vivo.  
Cuanto más quiero estar muerto  
más intriga me entra de saber  
para qué entonces habré vivido.

Podría estar muerto.  
Podría incluso no haber nacido.  
Seguramente no sirva para nada  
y, sin embargo, escribo.  
Cuando más ganas tengo de morirme,  
cuando menos entiendo por qué el resto quieren seguir vivos,  
me entra un ataque de vida  
y siento que aun muerto debo seguir vivo.

Mientras no encuentre una razón mejor para morir  
que para vivir la de haber nacido,  
seguiré queriéndome ir de aquí a veces,  
pero por si acaso seguiré vivo.

Sigues diciendo que me conformo contigo,  
que me merezco algo más,  
que no eres lo que siempre he querido,  
que no me ves disfrutar.

Yo sonrío.  
No sé por qué lo dirás.  
Será porque aún no has llegado  
a mirarme por detrás  
y ver mi maquinaria  
y ver lo bien que me haces funcionar.  
Será porque aún no he sabido  
explicarte bien qué considero que es amar.  
No es estar feliz todos los días,  
es estar feliz cuando hace falta estar.  
No es estar con la persona perfecta,  
es estar con ella como si fuera normal.  
Es estar por primera vez con alguien  
que sé que no me va a dejar.  
Es poder equivocarme  
y tener las exactas oportunidades para rectificar.

Si me ves cara de estar conformándome  
quizás es porque ya le había cogido el gusto a llorar  
y tú estropeas mis ganas de tristeza,  
pero yo creo que podré vivir también a gusto con tu felicidad.

Puedes seguir diciendo que me conformo contigo,  
pero no digas que es porque merezco algo más,  
o porque no seas perfecta  
o porque no me haces disfrutar.  
Es porque merecía menos y me cuesta ir aprendiendo  
a no ser siempre el que da más,  
a dejar de querer ser perfecto y a aceptar equivocarme  
ahora que sé que lo perfecto  
es que estás.

Treinta y uno.  
Empiezo a pensar  
que voy a ser siempre así,  
que va a ser siempre así.  
Que no se cambia  
aunque se madura.  
Tendré que empezar a vivir con lo que ya tengo,  
dejar de confiar en que algún día seré mejor,  
en que todo era un entrenamiento.

Llevo viviendo desde que empecé.  
Es difícil de creer  
pero quizás en lo que se cambia es en eso,  
en entender por fin que no se cambia,  
en aceptar por fin las cosas que tenemos  
como nuestra personalidad.  
Empezar a ver que somos una figura  
como el resto,  
que no estamos tan difuminados  
como sugieren nuestros pensamientos,  
que hay gente que nos ve,  
que hay gente que piensa en nosotros  
y para los que somos los otros en sus miedos,  
que hay quienes probablemente nos tengan envidia  
porque nos ven igual que les vemos nosotros a ellos:  
desde fuera, sin entender  
que todos empezamos a vivir desde el comienzo,  
que todos nos preparamos mucho para no cambiar nunca  
aunque un día cambiemos  
en la forma de entenderlo todo  
de saber que somos algo y que somos ciertos.

Treinta y uno y sigo aquí,  
igual de bueno,  
o igual de malo, no lo sé,  
el caso es que con la figura al fin cerrada en el espejo.  
Por fin levanto el brazo izquierdo y no parece  
que esté levantando el derecho.

A veces es que queremos sentirnos inferiores.  
A veces gusta sentirse poca cosa,  
sentir que nadie nos quiere,  
que nadie nos aguanta.

A veces gusta sentirse pequeño.  
Y no nos damos cuenta de que en esos casos  
en verdad nos sentimos superiores.  
Nos creemos capaces de saber  
lo que la gente siente,  
lo que la gente piensa de nosotros.  
Y no somos capaces.  
Pero pensar eso en ese momento  
sería lo que más fastidiaría.

Permitámonos sentirnos inferiores  
y creernos a la vez superiores de vez en cuando.  
Pero tengamos cuidado,  
que las ganas de sentirse poca cosa  
no lleguen al extremo de querer sentirnos nada,  
que no nos hagan desaparecer.  
Porque por mucho que creamos que sabemos lo mucho que nos odia todo el mundo  
puede no ser verdad,  
y si lo es, si acaso somos capaces de saber lo que piensa la gente,  
deberíamos seguir, porque seremos necesarios,  
aunque solo sea para compartir  
cómo hemos llegado a conocer a la gente,  
cómo somos.

Probablemente los más odiados  
son los que tocan la esencia de los otros.  
Y no es el mejor,  
pero es un camino más para entendernos,  
aunque tengan que pasar unos años  
para que a los que nos odian  
se les pase el enfado.

Y si me muero ¿qué?  
No me quieras porque el mundo sea bueno.  
Quiéreme aunque el mundo sea malo.  
No digas que el amor es esto:  
refugiarse de la vida y del pasado.

Y si me muero ¿qué?  
¿Y si me caigo de la cama y ya no me levanto?  
¿Y si el viento rompe las persianas?  
¿Y si estalla la puerta de mi cuarto?  
No me quieras para que te abrace y te proteja.  
Una simple lágrima podría destrozar mi abrazo.  
No me quieras para olvidar con el futuro,  
que pronto empezará a abultar más el pasado.  
Quiéreme porque solo yo en el mundo  
soy capaz de abrocharte el cinturón desde mi lado,  
de darle la vuelta a la vida entera  
para que puedas verla por debajo.  
Así si me muero...  
si me muero, verás que la muerte también es parte del decorado.

No me quieras porque sea bueno  
ni porque le sepa atar los cordones a tu pasado.  
Quiéreme porque sé ver las costuras de la vida  
y puedo así reconocer lo verdaderamente malo.  
Así si me muero no te pasará nada  
porque entenderás la vida y entenderás qué tenían de especial mis abrazos.  
Así si me muero entenderás que el mundo es demasiado bueno  
a pesar de ser demasiado malo.

Y si te mueres tú ¿qué?  
 Si te mueres tú todo lo que te he dicho se caerá de la cama  
 y no podré levantarla.  
 Y no habrá persianas que romper  
 porque el mundo le dará la vuelta a mi cuarto  
 y todo dejará de tener sentido para mí  
 porque tú eres la única parte de mi vida que no es decorado,  
 la única razón para seguir en la vida  
 aunque se vea lo falso que es todo cuando se mira por debajo.

Si te mueres tú no vuelvas, no preguntes  
 porque tendré tantas lágrimas que no habrá para contrarrestarlas suficientes abrazos.  
 Me verás creer que es un invento que el mundo sea bueno  
 y me verás refugiarme en el pasado.

Pero no me quieras porque no pueda soportar que un día mueras,  
 quiéreme porque aun cuando muera  
 sabré seguir haciendo que el mundo para ti no sea malo.

Imaginaos que hago la mejor poesía del mundo.  
 Pues aun así me sentiré mal por no saber hacer otra.  
 No me contento con la vida  
 porque hay demasiados minutos  
 y hay poesías que se escriben en menos tiempo.

Así podría haber estado para siempre  
 hasta que hace un año llegó ella.  
 Y entonces no hay nunca demasiado tiempo  
 porque la unidad de medida  
 es desde el día en que la conocí hasta el presente  
 y no hay poesía que se escriba en ese tiempo:  
 a su lado todo no son más que versos sueltos.

Es tan fácil destruirlo...  
basta con dejar que se caiga de las manos.  
Es tan fácil que me asusta que la gente lo haga:  
si algo es tan indefenso es porque jamás ha pensado que alguien  
pudiera querer destrozarlo.  
Quién iba a querer destrozar algo tan bonito  
algo tan real,  
lo único que no puede ser imposible  
por el mero hecho de ser algo.  
Y sin embargo es tan fácil destruirlo...  
Es tan ignorante del mal, sin embargo...

Después de tanta idea  
que nadie crea que es posible  
abandonar el círculo.  
No se puede, pero sí que es cierto  
que a veces aparecen recónditas esquinas  
donde solo debería estar la infinita curva.  
Esas esquinas no implican que se pueda salir,  
pero sí que a veces de alguna forma  
se puede estar más lejos del centro.

A veces me siento como ese verso a la vista ahí  
sujetando a los otros  
pero que nadie ve  
hasta que llega alguien, sopla y lo apaga de tal modo  
que se empieza a ver  
porque llega al fondo.

A veces me siento como ese verso al fondo ahí,  
donde ya nadie puede acariciar su rostro,  
donde es incluso más bonito  
porque ahora la gente imagina letras en sus recuerdos rotos.

A veces me siento como ese verso roto ahí,  
el más querido, pero el más solo,  
el verso que querría haber sido normal  
y haber sido entendido antes de haberse alejado de los otros.

A veces me siento como ese verso ahí,  
como ese verso que gusta ahora tanto,  
pero sabe que en verdad siempre ha gustado poco,  
ese verso que sigue teniendo las mismas letras  
pero que ahora las tiene ordenadas de distinto modo.

Ya se irá la muerte cuando vea  
quiénes sois; no os preocupéis.

Ya se irá cuando descubra  
que estáis llenos de vida.

Ya se irá la muerte cuando sienta  
que os quedan ganas de perder,  
que los recuerdos no os importan,  
que habéis hecho tan poco por la vida  
como ella.

Ya se irá la muerte cuando os mate  
y deje esa palabra que os describe,  
la palabra que explica por qué huye  
y por qué no os lleva.

Y yo me iré en cambio con la muerte.  
Ella sabrá entender mi tristeza,  
ella que es la puerta que se abre  
a la vez que se cierra.

Yo me iré con la muerte cuando vea  
quiénes sois; que nadie llore.  
Seré como el pintor que tapa el cuadro con su cuerpo mientras pinta  
y que solo al terminar deja que los demás lo vean.

¡Cómo explicarte que estar triste  
no quiere decir que no te quiera!  
¡Cómo convencerte de que mi miedo de perder  
no significa que vivir no merezca la pena!

Lo sé; mis manos tiemblan  
como todo lo inestable tiembla.  
Lo sé. Soy capaz de llenar  
el beso más bonito de tristeza.

Pero no. No es la misma tristeza de los otros;  
mi tristeza no está llena de experiencias.  
Mi tristeza está llena de días para ti  
que me hacen querer explicarte por qué se empieza...  
por qué se empieza... por qué todo empieza a ser  
sabiendo lo probable que es que muera,  
por qué queremos crear algo bonito  
sabiendo que cuanto más lo sea  
irremediablemente acabará  
de una más brutal manera.

Si pudiera convencerte  
de lo mucho que demuestra que te quiero mi tristeza.  
Si supieras lo que estoy haciendo.  
Si supieras que así busco cómo hacer que el amor no muera.  
Si supieras que por eso me tiemblan las manos,  
que por eso doy besos que parece que no empiezan.

Sé que es difícil de entender,  
pero yo haré que lo entiendas.  
Haré que entiendas que estar triste  
no quiere decir que no te quiera,  
es solo mi manera de concentrarme para resolver la vida  
para que así no empiece y así no muera.  
Si estar triste es la forma de estar juntos para siempre,  
soportaré temblando por ti hasta la tristeza que da todo lo que empieza.

Tú te acuestas y me dejas así solo  
 en las horas en las que más sabes que pienso.  
 Y se pasean mundos por mi cuarto  
 y hasta toco la vida y solo yo la entiendo.

A veces llego hasta a olvidarme de ti.  
 Lo siento.  
 Pero es que llego a olvidar hasta que existo.  
 Escribo mucho y leo.  
 Y tú dormida como si no pasara nada,  
 como si no estuviera soltando versos tristes por el techo.

Al día siguiente te despiertas  
 y mis versos y yo disimulamos y nos posamos por el suelo,  
 como juguetes que cobran vida por las noches  
 y por el día vuelven a convertirse en juegos.

No volverá ningún día.  
 No habrá ninguna noche que se repita  
 Wislawa Szymborska

Hasta al amar  
 estamos condenados  
 a que ningún día se repita.  
 Para eso me pongo una película  
 y la vuelvo a ver.  
 Así el mejor beso  
 no tendrá el terrible sabor de lo irrepetible,  
 el triste sabor que lo mejor da siempre  
 a lo que viene después.

No sé por qué escribí todo aquello.  
A veces al escribir siento que invento.  
Pero luego, al releer, me recuerdo.

No me reconozco cuando escribo,  
pero sí cuando me leo.  
Por alguna razón aunque se intenta  
es imposible mentir en verso.  
Incluso aunque simplemente al escribir  
vaya cortando frases a voleo.

No sé por qué escribí todo aquello.  
¿Cómo podía saber entonces,  
para empezar, que iba a releerlo?  
Los versos que entonces no entendía  
son los que ahora entiendo  
los que antes de que sintiera algo  
ya eran su misterioso recuerdo.

Pero si soy capaz de saber que te pasa algo  
aunque me escribas exactamente lo mismo que otros días.  
Cómo quieras que no note en tus ojos  
que te he dicho algo que no debía.

Si soy capaz de detectar manchas  
en el vaho que dejas en la ventanilla del coche.  
Cómo quieras que no note en tus ojos  
que un «para siempre» excluye irremediablemente algunas noches.

Si soy capaz de morirme  
para estar seguro de empezar de nuevo.  
Cómo quieras que no agache los ojos  
y torture, hasta encontrar al culpable, a mis sentimientos.

Soy capaz de todo.  
No te calles, por favor, ni empieces a mirar de lado.  
Mírame a los ojos y dime qué te pasa  
que haré lo que haga falta para solucionarlo.

Es que es un fracaso.  
 Es que es haber gastado  
 —no quiero decir perdido—  
 mucho tiempo.  
 Es que es haberse acostumbrado  
 a no percibir que si se va rápido  
 el aire parece viento.  
 Es que es haberlo hecho mal  
 y encima no poder contárselo a quien siempre le contamos esto.

Es que terminar una relación  
 es arrepentirse de hacer lo correcto,  
 es llamarse a uno mismo tonto  
 por no haberse dado cuenta a tiempo.  
 Es enfadarse con los que decían que lo dejáramos  
 y con los que decían que siguiéramos.  
 Es tener angustia por salir,  
 pero más por refugiarse dentro.  
 Es desconfiar del destino  
 y creer que no sirve para algo todo lo que hacemos.

Si es que terminar una relación  
 no es solo sentirse solo, dejar de ser querido, estar lejos  
 es mucho más, es la bronca  
 que nos echan nuestros padres cuando nos caemos de pequeños,  
 es sentir que te ha fallado la mejor persona,  
 que eres torpe hasta para cuidar a quien más quieras,  
 hasta para eso.

Es preferir mirar atrás en vez de al frente  
 porque hacia atrás se llora, pero se llora menos.  
 Es no tener ninguna esperanza,  
 es estar cuesta arriba y poner punto muerto.  
 Es que nos dé rabia hasta saber  
 que llegará un día en que nos alegremos.

Es que terminar una relación  
es un fracaso. No hay duda de eso.  
Pero como en todos los fracasos  
se puede aprovechar el momento  
para reorganizarlo y configurar bien todo  
ahora que habrá que comprarse, como si fuera un móvil, un corazón nuevo.

Para eso no hace falta pensar  
que se podría estar peor, que es injusto que nos quejemos,  
ni siquiera  
que todo lo cura el tiempo.  
Hay que aceptar que se ha hecho mal,  
que fuimos tontos, sí, que nos lo merecemos,  
pero sabiendo que hay que continuar hacia adelante  
por mucho que hacia atrás vayamos a llorar menos,  
que en la mochila de la vida  
todos tenemos un agujero  
por donde cualquier fracaso  
siempre se va cayendo.  
Si volvemos hacia atrás  
nos reencontraremos  
el fracaso caído  
al volver a andar hacia delante de nuevo.

¿Defender a la poesía?  
Que nos defienda ella a nosotros.  
Que nos deje ver lo transparente  
tan fácil como ella encuentra a los que están solos.

Que nos dé la mano  
y se deje de una vez de tanto verso,  
que deje de repartir lágrimas  
y nos empiece a contar por fin secretos.

Que entienda que aunque ella está tan sola  
y es perfecta subida allá en lo alto  
a los que la buscamos por las noches  
nos gusta estar solos, pero también relacionarnos.

¿Defender a la poesía?  
Que ella nos defienda de la nostalgia,  
que seguimos viéndola entre versos  
como el que mira a través de una persiana.

Que nos dé una prueba de que la entendemos,  
que arregle de verdad un día un corazón roto,  
pues si es verdad que ella necesita a los poetas  
ni que decir tiene lo que la necesitamos a ella nosotros.

Todo va a ir bien.  
 Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.  
 Si ni siquiera sabes  
 si nos vendrá bien que nos vaya bien.  
 Si sabes que nunca se sabe.  
 No digas que va a ir bien.  
 Simplemente haz lo posible por que vaya así.  
 No pongas la confianza en la esperanza.  
 Ponla en ti misma  
 y demuéstrame que gracias a ti  
 todo va a ir bien,  
 que es la única manera  
 de saber seguro que eso es lo bueno.

Si por algo merece la pena escribir  
 es por los que están solos,  
 por los que sienten,  
 por los que aún tienen la incertidumbre  
 de si es verdad  
 que un día todo se entiende.  
 Por los que están hartos  
 de la gente,  
 por los que son raros,  
 por la gente a la que divierten,  
 por los que aún siguen suspirando  
 porque se creen diferentes,  
 por los que nunca escribirían  
 porque es deprimente.

Si por algo merece la pena escribir  
 es porque a veces  
 uno querría comprender tan bien la vida  
 como los que nunca quieren.

No hay que confundir a los poetas  
con los ilusos.

Un poeta no puede vagar por el mundo del alma  
lejos de la tierra.

Por eso hay tan pocos buenos poetas,  
porque es difícil abarcarlo todo,  
porque es difícil admitir que se sabe poco.

El poeta debe conectar la tierra con el cielo  
sin saber lo que pasa por él,  
como atravesado por un rayo,  
sin entenderlo todo.

Porque si algo hay bueno en el ser humano  
es que ha sabido siempre poco  
y ha seguido.

Porque es verdad que el mundo puede estar lleno de poetas,  
pero poetas que o volaron ya muy lejos  
o poetas que cayeron a la tierra  
y creen entenderla.

Los buenos poetas no son ilusos,  
los buenos poetas saben lo que somos  
y así saben hacer poesía razonable,  
que es la que de verdad explica la vida,  
aunque no se entienda.

Me preguntas que cómo puedo quererte  
si hasta ahora nadie te quería.

Es que eras como una llave en el suelo  
sin valor para quien no sabía lo que abrías.  
Yo lo supe al momento.  
Mi puerta llevaba cerrada demasiados días.

Por eso te quiero tanto.  
Porque abriste mi corazón para que entendiera la vida.

Pues qué bien, ¿no?  
Qué bonito es quererse  
cuando hay confianza.  
Qué bonito es tener que buscar penas fuera  
porque nuestra vida juntos no las tiene.  
Qué bonito que el motivo ahora para no morirme  
sea no defraudarte.

¡Quién lo iba a decir!  
Yo, que me creí capaz de destrozar las historias más bonitas...  
Ahora veo que no lo eran.

Diría algo triste,  
pero mi tristeza se ha quedado sin palabras.  
Por fin puedo decir «¡Qué bien!»  
y estar un rato a gusto  
pensando en ti,  
escribiendo por escribir,  
disfrutando por fin  
de un paseo por los versos  
sin tener ningún sitio al que ir.  
¡Qué bien!, ¿no?

Fue un hombre muy motivado, político, valiente  
y revolucionario, que dijo una frase preciosa:  
«Un artista creativo se pone a trabajar en su siguiente composición  
porque no ha quedado satisfecho con la anterior»

De *Instrumental* de James Rhodes

No me vale lo que escribo.  
Otros lo tiran a la papelera.  
Yo no puedo.  
Lo guardo porque sé que me gustará  
releerlo.

Pero no me vale lo que escribo.  
¿Por qué, si no, seguiría escribiendo?  
Lo dijo Shostakovich.  
Efectivamente escribo porque nunca me quedo satisfecho.  
Siempre hay un hilito más  
que queda suelto.

Llegué a decirme que escribir algo malo  
era el camino necesario para escribir algo bueno.  
Pero nunca dije  
que lo fuera para escribir lo perfecto.

No importa que haya versos que me insulten  
y me digan que jamás volveré a ser el que escribió aquello.  
No importa que haya escrito  
versos buenos.  
No me han valido para nada;  
solo para seguir escribiendo,  
para seguir buscando exactamente  
aquellos de los que llevo toda la vida huyendo.

Podría tirarlo todo a la papelera,  
pero seguiría estando igual de insatisfecho.

Meto en un recuadro los poemas  
que al terminar de escribir me parecen buenos,  
para abrazarlos quizás,  
tal vez para que no se me escapen los versos,  
o las dos cosas,  
en esa extraña forma de amar  
del que agarra fuerte por miedo.

¿Por qué tenderé a encerrar  
todo lo que quiero?  
¡Qué de cosas habré perdido!  
¡Cuántos sentimientos!  
¡Cuántas ganas de abrazarme a mí mismo  
se ve que tengo!

No quiero que se pierdan nunca  
las escasas letras y segundos en los que por fin me entiendo.  
Es lo que pasa cuando uno se pregunta tantas cosas  
y suele solo responder  
tartamudeando versos.

Hay días en que me siento  
como si alguien hubiera dicho que no se puede escribir poesía  
y yo metiera la pata  
escribiendo las más optimistas.

También me siento así  
las pocas veces en que siento alegría  
y salgo a la calle  
y justo nadie está contento ese día.

No es que quiera estar triste,  
es que siempre he sentido lo que creía que debía  
y me he equivocado tantas veces  
que no quiero arriesgar más mi poca alegría.  
La guardo para cuando esté seguro  
de que ha llegado el día,  
de que he encontrado a la persona  
que estará contenta cuando le dedique mi más optimista poesía.

Mi novio no me hace nada

Si antes no apaga la luz

De *Mi novio es bobo* de Nacho Vegas y Free Reega

Acércate.

Ven a darme un beso,  
pero apaga la luz antes,  
no vayas a ver mis sentimientos.

Que no te asuste mi tristeza,  
aún soy capaz de querer, creo.  
Por si acaso no mires, no toques,  
quizás tampoco a ti te gusta que sea demasiado bueno.

Apaga la luz, que me da vergüenza  
que veas mis defectos,  
que levantes mi corazón  
y veas escondidos debajo demasiados recuerdos.

Ven a darme un beso, sí,  
pero apaga la luz primero.  
Y cierra los ojos.  
No mires muy dentro.

O quizás, antes de que te asustes,  
mejor no vengas a darme un beso,  
que siento que ni apagando la luz  
te apetecerán mis sentimientos.

## **Algunos versos más de Twitter**

1

Cuando estés triste piensa  
que cada vez que estás mal  
yo me enamoro más de ti  
por todo lo que aguantas

2

A esto también dirás que no,  
pero nadie te querrá tan a mi manera como te he querido yo

3

Tú me haces ser lo que siempre he querido ser pero no sabía cómo